

ante sus innumerables cúpulas, y le pidió que le enviara su bendición y su espíritu. También Arminio fué caballero romano. Mas así que estuvo en Roma toda el alma de su raza se despertó en su alma, todo el genio de sus predecesores entró en su fuerte corazón, y el joven tímido se trocó en furioso Alarico anhelante por entrar á saco en la ciudad que habia cazado á los germanos para gladiadores de sus cruentas fiestas y los habia uncido como trofeos vivientes á sus carros de guerra, á sus carreras triunfales. Al mismo tiempo que este espíritu guerrero estallaba en su ánimo, se derramaba por su fantasía como un soplo de inspiración lírica. Cantó y combatió. Compuso el Coral que han repetido en coro cien pueblos y escribió las invectivas que han roto la unidad cristiana. Negó las indulgencias, la virtud de las obras y de las ofrendas, la autoridad del Pontífice, la antigua Iglesia, en luchas continuas ante sus mayores enemigos, rodeado de los generales de Carlos V en Worms, hasta fundar con la energía de su voluntad y con la acerada lógica de su idea la nueva nacionalidad de Alemania, la nacionalidad que era como el santuario de la conciencia emancipada. De Lutero proviene la lengua alemana trasformada en sus controversias y en su propaganda; de Lutero la ciencia, porque todos los mayores filósofos germanos pertenecen á la rama protestante y todos derivan sus sistemas de la libertad de conciencia; Lutero ha convertido el humilde marqués de Brandeburgo en rey de Prusia, el humilde rey de Prusia en grande Emperador de Alemania que á un tiempo ha desvanecido la sombra del Imperio español arrojando al Austria de la Confederación, y la base del Pontificado arrancándole la ciudad de Roma y el poder temporal. ¿Se comprende, pues, toda la importancia que tiene el movimiento religioso en el movimiento político de Alemania?

El mundo latino hubiera podido evitar esta gran catástrofe religiosa en la cual pereció la unidad por él presidida y encabezada desde los tiempos de Roma, si en el siglo xv no retrogradara por desgracia el impulso democrático-cristiano dado en el siglo xiii por San Francisco de Asís á la Iglesia católica. En el año de 1882 la Italia emancipada y libre con grande instinto celebró el centenario de su inmortal santo, quien personificó por mil títulos una de las fases mas brillantes del espíritu moderno. Los pueblos modernos comienzan á comprender que su mayor título á la estimación del género humano y á la

inmortalidad en el tiempo, dimanen de sus predilectos hijos creadores de su gloria. Las estatuas, los centenarios, los congresos, el culto consagrado á los grandes hombres, van produciendo poco á poco el sacro calendario de la Historia y dando verdaderos ejemplos que imitar con luminosas enseñanzas que aprender á las jóvenes generaciones. Antes, no ha mucho tiempo, las campanas sonaban, los cohetes lucían, las procesiones andaban, los altares y simulacros resplandecían, los púlpitos hablaban tan solo por algun santo á quien ofrecía estas festividades mas ó menos poéticas una devoción tradicional convertida en una costumbre falta de idealidad y de sentido, por de antiguo ejercitada; mas hoy el mayor conocimiento de los servicios prestados por los bienhechores de la humanidad trae fiestas varias, en que predominando la inteligencia sobre los ciegos sentimientos y las añejas costumbres, da lecciones prácticas de ideas múltiples en congresos literarios ó científicos de verdadera importancia, y mueve las voluntades al bien, mostrándoles cómo lo han alcanzado para distribuirlo entre sus semejantes aquellos que han querido alcanzarlo, y no tan solo en las esferas sublimes y cerúleas de la religión, sino en el arte y en la ciencia y en la política y hasta en la industria. Con este nuevo modo y manera de suscitar el agradecimiento público de las generaciones vivas á los grandes hombres muertos, concluíráse por interesarlas con igual interés en todo cuando se ha trabajado á favor de su emancipación y por darles entre sí mismas y con las generaciones pasadas una solidaridad que acreciente la grandeza del espíritu universal y dilate los horizontes de la humana historia.

Ya que por nuestra desgracia, no hemos podido saber quién halló la primera chispa con que avivamos, recién salidos de las grutas primitivas y de las habitaciones lacustres, la llama del hogar, no solo propia para esclarecerlo y calentarlo, sino tambien para forjar el hierro de los arados y el hierro de las espadas; ya que no podemos saber quién tejió la primera tela en que nos envolvimos y amasó el primer pan con que nos alimentamos, allá en las sociedades primitivas, no demos, no, á ingrato y triste olvido los nombres de los pilotos que nos trajeron la brújula por la cual pudimos orientarnos en el cielo y dirigirnos en los mares; y de los astrónomos que arrancaron las estrellas á lo infinito y las redujeron á las lentes de un telescopio para que nos contaran como

al oído sus secretos; y de los químicos que sacaron de sus retortas desconocidos gases y descompusieron los antiguos elementos; y de los industriales, que acortaron las distancias y sometieron las olas bajo sus máquinas animadas por el tenue vapor; y de los físicos que dieron el rayo á nuestro imperio, y le trocaron de nuestro asesino en nuestro mensajero, forzándole á llevar nuestra palabra en sus chispas, á esculpir nuestros metales en sus corrientes, á iluminar nuestras noches con su lumbre; pues de todos estos resultados, de todos ellos, del toque de color puesto en las tablas y en los lienzos; del cántico melodioso arrancado á las arpas; de las piedras sobrepuestas como las estancias de jubiloso himno en los grandes monumentos; de la poesía viva y alada que se levanta en raudo vuelo á lo infinito; así como del sacrificio de tal redentor, del ruego religioso de tal penitente, del fin sublime de tal héroe ó de tal mártir, se forma ese mundo del espíritu que alzándose del seno de la naturaleza, cual se alza del áureo incensario la cerúlea humareda, parecida en sus vagas espirales á una oración del alma, nos lleva derechamente á lo absoluto, y nos comunica, por medio de presentimientos sublimes, y de visiones místicas y de arrebatos incommunicables, con la esencia y la sustancia misma del Eterno.

Todas estas festividades en que tanto culto se rinde al idealismo, aumentan el calor y la luz del ideal en nuestra vida. Por consiguiente, nada tan justo y natural como asociarnos en la medida de nuestras débiles fuerzas y con los tributos allegables en nuestra poquedad á esos conciertos de alabanzas entonados en ciertos días oportunos, á los bienhechores de la humanidad. Italia se distingue ahora entre todos los pueblos por estas fiestas continuas. No le ha bastado con celebrar el aniversario de San Benito en sus montañas del Mediodía; con ofrecer homenajes al Dante y á Miguel Angel en las severas calles de Florencia; con citar en Ferrara los admiradores del Ariosto y en Sorrento los admiradores de Tasso; la inagotable fecundidad de su ingenio y el número increíble de sus inmortales permítienle ahora mismo, en el año corriente, reunir en Lombardía los innumerables adoradores del cisne de Mantua y reunir en Umbría los innumerables adoradores del penitente de Asis. Por estos dos aniversarios, por el consagrado á quien quiso renovar el Paganismo con los confusos ecos de las profecías hebreas y con los misterios

indescifrables de los cantares sibilinos, y á quien renovó el Cristianismo con las corrientes democráticas que daban de sí los municipios recién fundados, se observa cómo nuestra ciencia histórica es de suyo una síntesis viva y cómo nuestros sentimientos humanos pueden prestar culto á genios diversos, por haber servido en su día y sazón, aun con creencias opuestas, á la humanidad y á sus progresos.

Pocos hombres merecen tanto como San Francisco el recuerdo que ahora le tributarán creyentes é incrédulos en su propia patria. El error de juzgar los personajes históricos de seis siglos atrás como si aun estuvieran vivos, y participaran de nuestro espíritu y de nuestra vida social; ese tristísimo error, tan divulgado antes, ha caído ahora, poco á poco, en desuso. Para la superficial crítica enciclopédica de la última centuria, el jóven calavera y aturdido que abandona el hogar, deja la familia, huye la patria, encerrándose allá en las cavernas para obtener místicas visiones, y luego explicarlas á las gentes entre ataques de nervios desordenados y accesos de informe y veheméntísima elocuencia, solo merece, no los altares consagrados á los santos, sino los manicomios establecidos para los dementes. Mas nosotros no podemos aceptar, no, tan ligero juicio; para nosotros, conocedores del mundo feudal y de sus bárbaras usanzas; habiendo medido las raíces de los castillos feudales en el suelo alodial europeo; habiendo alcanzado cuánto esfuerzo se necesitaba si habian de quebrantarse aquellos altos bastiones y derretirse aquellas férreas coronas; el hombre que opone á la fuerza la debilidad; al endiosamiento de los ricos la increíble apoteosis de los pobres; á la guerra perpetua el amor y la caridad; á los timbres heráldicos y á las genealogías nobiliarias una democracia religiosa, la cual acepta por sus obras y no por sus orígenes, á las gentes; ese hombre, verdaderamente evangélico, lleno de fe y sembrador de santas esperanzas, solo puede compararse con aquel otro redentor, que ante la despótica Roma imperial asentada sobre las espaldas de sus siervos, y ebria con la borrachera de sus tiranías, predica la igualdad de todos los seres humanos y arranca de las ergástulas y de las gemonías donde solo se oía el resuello de un trabajo envilecido y el tormento de una eterna vergüenza, la ignominiosa cruz, el patíbulo de los esclavos, para elevarla en sus brazos de mártir y empapándola con su sangre, á la cima de las sociedades

humanas, y ofrecerla en adoracion como signo de libertad á todas las generaciones.

Francisco, jóven oscuro, de ligera vida, de sensuales costumbres, de vulgar origen; modesto comisionado de una casa de comercio; sin ninguna instruccion y sin otro género de aspiraciones que el facilísimo logro de los placeres naturales á su clase y edad; siente un día que idea extraña, como centella eléctrica y corriente magnética, se difunde por fibras, venas y nervios en él, conmoviendo todo su sér; y agitado, febril, convulso, arroja léjos de sí los brocados de fiesta y ciñe con cuerda de tosco esparto sus riñones y cubre con sayal de burda estameña sus carnes y escoge la penitencia para sí como la predicacion para los demás con tal vocacion y tal entusiasmo que obra verdaderos milagros; y á sus sollozos, á sus cánticos, á sus versos, la tierra se agita como impulsada por palpitations misteriosas; las avejillas del cielo suspenden su inquieto volar y corren á escucharle todas á una en canoras bandadas; los lobos del desierto pierden su nativa crueldad y le lamen los llagados piés; los niños de teta dejan el pecho de sus madres para recoger aquellas miradas de fuego; los jóvenes renuncian á los placeres para imitarlo en las maceraciones; las doncellas cuelgan sus blancos velos y sus largas cabelleras del altar para desposarse con su idealismo religioso; los señores créense iguales á los siervos y los ricos comparten con los pobres sus tesoros; alzan los arquitectos naves místicas en cuyas tablas van los planetas oscuros á los cielos etéreos; trazan los escultores santos, que viven perpetuamente entre los iris formados por las lámparas del santuario y las notas despedidas por los tubos del órgano; llaman los pintores á los ángeles y serafines para que descendan desde las cumbres del Empíreo á traernos en sus labios los ecos de la palabra creadora; cantan los poetas en lengua no aprendida todas las expansiones del amor avivado en el divino fuego; predicán los teólogos una lengua mas espiritualista y mas cercana de la verdad eterna; se transforma el férreo mundo feudal donde se hallaban remachadas las últimas cadenas y reunidos los últimos siervos, entreviéndose allá, en los celajes y albores de la nueva idea, que así como la Biblia fué completada por el Evangelio, el Evangelio será completado con otras revelaciones, y despues de la idea del Padre, despues de la idea del Hijo y del Verbo, vendrá la idea del Espíritu á extinguir las

llamas del infierno y á traer para la humanidad, transfigurada y libre, nuevas y consoladoras esperanzas.

Yo he visitado en Asís la tumba del pobre mendicante, guardada dentro de los abismos del triste planeta nuestro, y en aquella soledad, al oír la gota de agua destilada por las cavernas como una lágrima de lo desconocido, y al palpar las sombras semejantes á los misterios de un sueño eterno, he recordado que los progresos universales y sus hemisferios diversos están señalados en el tiempo y en el espacio por otros tantos sepulcros; que un sepulcro, el de los Faraones, en las Pirámides, separa el mundo oriental del mundo occidental; otro sepulcro, el de Cristo en Jerusalem, separa la historia antigua de la historia moderna; otro sepulcro, el de Mahoma en la Meca, separa en su raza y su gente la edad pagana de la edad monoteista; otro sepulcro, el de Cárlo-Magno en Aquisgran, separa los tiempos teocráticos de los tiempos feudales y militares en el primer hemisferio de la Edad media; otro sepulcro, el de San Francisco en Asís, separa los tiempos militares de los tiempos civiles y democráticos en el segundo hemisferio de la Edad media; como si el sepulcro de los humanos fuera la cuna de sus ideas y se identificaran cuna y sepulcro en la historia eternamente, al modo que se identifican y confunden á su vez en la Naturaleza el amor y la muerte.

No pidais á la humanidad el progreso en línea recta. Instrumentos ayer muy útiles quedan inútiles por la invencion de otro instrumento superior; mas no puede negarse, no, su manifiesta utilidad en el respectivo tiempo y en la respectiva sazón, cuando no los habian reemplazado mejoras y perfeccionamientos indudables. El que hoy tengamos una caldera impulsora de los barcos en los mares contra huracanes y oleajes; una locomotora vertiginosamente rápida llevando en sus arrastres pesadas moles, no empece á sentir y reconocer cuántos servicios al género humano prestara el primero en tender la tenue lona al viento y el primero en atar los caballos y uncir los bueyes al carro. Indudablemente asociaciones superiores han quitado su eficacia y virtud al monasterio como se la quitaron tambien al gremio. Una vez creada la Universidad en los mismos siglos medios, no tuvieron los conventos la ciencia de Salamanca ó de Alcalá, ni el poder de Paris ó de Oxford. Pero si esto es cierto, no es menos cierto que la sociedad ha recibido en épocas dadas im-